



«Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 4)

Proponer la Buena Noticia a los jóvenes

Olivier Frohlich

I. Introducción

La atención a los jóvenes está más bien de moda en la Iglesia «occidental» en nuestros días. Son muchas las diócesis que han creado o desarrollan su equipo de pastoral juvenil; las comunidades cristianas se plantean de una manera regular, a través de sus consejos, la cuestión del espacio que reservan a los adolescentes. Las Jornadas Mundiales de la Juventud subrayan a porfía esta preocupación a nivel mundial.

Con todo, no está exenta de ambigüedad. Los sociólogos de la religión constatan que los movimientos religiosos se interesan de un modo particular por la juventud, garantía de perennidad de sus tradiciones. ¿Apuntaría este interés de la Iglesia por los jóvenes únicamente a garantizar el relevo? De hecho, oímos a muchos cristianos preguntarse: «¿Dónde están los jóvenes? No se les ve en misa». Y no es falso. Sin embargo, el objetivo pastoral no ha de ser «volver a traer a los jóvenes a la iglesia». Pretender asimilarlos, hacerles entrar en nuestras maneras de vivir la fe conduce a un callejón sin salida. En nuestros días, nos estamos dando cuenta de que es un fracaso; pero -y esto es todavía más grave-también corremos el riesgo de perder toda esperanza: no es que las generaciones que nos siguen ya no creen, sino que creen de una manera diferente.

Ahora bien, ¿por qué, entonces, este interés por los jóvenes? Como el lector habrá comprendido, no se trata de un criterio de rentabilidad. Si la Iglesia se interesa por los jóvenes es por ellos mismos, en nombre de la Buena Nueva que lleva dentro. Nosotros creemos que el Evangelio puede ayudar a cada uno a «ser» o, mejor aún, a «llegar a ser», y debemos ofrecerlo a esta edad particular que es la adolescencia como un camino que puede ayudar a crecer humana y espiritualmente. Una vez planteada esta orientación fundamental,



vamos a explicitar los objetivos de una pastoral de jóvenes. A continuación, nos dejaremos guiar por Felipe y el eunuco etíope para abordar la transformación de nuestras imágenes de Dios. Entonces, al final de este recorrido, podremos subrayar lo que se espera de los acompañantes adultos.

II. Una Buena Noticia para los jóvenes

A. En nombre de los jóvenes

Abordar el mundo de los jóvenes en la pastoral no es apuntar a un segmento de población, como pueden hacerlo los publicitarios; es asumir el riesgo que supone un encuentro. Y para que un encuentro sea fecundo, es menester entrar en diálogo, que cada uno acoja las riquezas del otro, pero también correr el riesgo de interpellarle.

Ahora bien, ¿quiénes son esos jóvenes de los que tanto se habla? No se trata de realizar un largo análisis sociológico, sino de proporcionar algunas claves indispensables para comprender este período particular, y a veces desconcertante, de la vida que es la adolescencia.

a) *Adolescencias eternas*

Una de las características de nuestra sociedad occidental contemporánea es el alargamiento del período de la adolescencia. Comienza más pronto, los primeros «síntomas» aparecen a menudo ya desde los 11-12 años, con la pubertad!. Y tiende a prolongarse mucho más tarde, más allá de los 25 años según algunos psicólogos. Tony Anatrella habla de los «adulescentes», de jóvenes adultos que siguen estando ampliamente marcados por muchas características de la adolescencia, especialmente porque los ritos tradicionales de paso a la edad adulta -como el matrimonio o la entrada en la vida profesional-se han dispersado, retrasado e incluso abandonado

b) *Historia de los crustáceos*

Para comprenderlo que se «cuece» durante estos años, Françoise Doltó utiliza una imagen bella: la adolescencia está marcada por el completo de la langosta.

«La langosta, cuando cambia la concha, pierde primero la antigua y se queda sin defensa durante el tiempo que fabrica una nueva. Durante ese tiempo corre un gran peligro. Con los adulescentes ocurre un poco lo mismo. Y fabricar una nueva concha cuesta tantas lágrimas y sudores que es un poco como si la «exudaran». En los parajes donde habita la langosta hay casi siempre un congrio al acecho, dispuesto a devorarla. La adolescencia es el drama de la langosta. Nuestro congrio es todo lo que nos amenaza, tanto en nuestro interior como en el exterior, y en lo que con gran frecuencia no pensamos».

La adolescencia es el tiempo del paso de la infancia a la edad adulta, tiempo de transformaciones físicas, psicológicas y sociales, a menudo difícil de



vivir. Este período de la vida no es un «gran río tranquilo»: la aparición de la pubertad y los cambios corporales van acompañados de profundos cuestionamientos y de una búsqueda de identidad que resulta en ocasiones dolorosa. Es un tiempo de malestar que puede expresarse por medio de comportamientos inesperados, a veces difíciles de descifrar y de aceptar por el adulto.

¿Son más difíciles los adolescentes de hoy que los de ayer? Son muchos los que lo piensan. Desconfiemos, no obstante, de las apreciaciones subjetivas. Sócrates señalaba ya en el siglo V antes de nuestra era que *«nuestra juventud gusta del lujo y es mal educada, no hace caso a las autoridades y no tiene el menor respeto por los de mayor edad. Nuestros hijos hoy son unos verdaderos tiranos. No se ponen de pie cuando una persona anciana entra. Responden a sus padres, hablan cuando no se les pregunta nada, devoran la comida a toda velocidad y tiranizan a sus maestros y profesores»*. Aquí tenemos un texto dotado de una asombrosa actualidad, que puede llevarnos a relativizar muchos de los juicios emitidos por nuestros contemporáneos. Por mi parte, no pienso que los adolescentes de hoy sean más difíciles que sus primogénitos, aunque probablemente vivan en una sociedad que hace a la adolescencia más incómoda para vivir que antes.

c) Una sociedad en mutación

Vamos a subrayar, sin pretensiones de hacerlo de una manera sistemática, algunos rasgos de esta sociedad, que conoce unas evoluciones tan rápidas como radicales. Descubriremos en ella algún que otro desafío al que tenemos que hacer frente: los jóvenes y los adultos participan en buena parte de los mismos valores.

1. Los jóvenes occidentales viven en una sociedad de consumo. Algunos pueden acceder a múltiples bienes materiales, mientras que otros están excluidos de este frenesí de compras. Tanto los unos como los otros corren el riesgo de ver en ello el único camino hacia la felicidad. La publicidad, omnipresente, sabe utilizar las imágenes ensoñadoras para tocar su sensibilidad.

Es también la pertenencia a un grupo social lo que está en juego. La ropa, por ejemplo, es un elemento clave de identificación para la adolescencia: dado que no tienen poder de compra, algunos jóvenes corren el riesgo de verse siempre excluidos de ciertos grupos. ¿Cómo podemos ayudarles a ir más allá de las apariencias para construir verdaderas relaciones y descubrir la verdad de las personas?

2. Algunos nuevos modos de comunicación han ocupado un sitio esencial en la vida de los jóvenes en el transcurso de unos cuantos años. En Bélgica, son muchos los adolescentes que reciben a los 12 años un teléfono móvil, que ya se ha vuelto un clásico en los regalos de comunión. Muchos disponen también de acceso a Internet y utilizan el correo electrónico de una manera masiva. La comunicación se ha vuelto prácticamente instantánea y mundial;



además, los correos electrónicos, SMS y otros *texto* están haciendo redescubrir ese intermediario que es el escrito -un escrito que se separa de toda convención literaria u ortográfica-. Ahora bien, ¿puede existir la comunicación sin convenciones?

Es toda su relación con el tiempo la que se ha visto transformada: nos encontramos en la civilización del zapping, en la que todo aparece como inmediato y efímero. El miedo al futuro -alimentado por estas plagas que son el paro, el terrorismo...-es real. ¿Cómo podemos ayudarles a vivir sus pasiones y sus compromisos a largo plazo?

3. Están marcados por una (pseudo-)cultura erotizada. La sexualidad se ha visto trivializada; se utiliza ampliamente el cuerpo humano, especialmente por parte de los publicitarios. Ahora bien, ese cuerpo joven, remodelado, que refleja la publicidad, ¿es el cuerpo en que habitan los jóvenes en su vida diaria? Son muchos los adolescentes que se sienten mal en su piel y no pueden encontrar un modelo de plena realización.

4. Las relaciones humanas experimentan cambios significativos. Los espacios de socialización tradicionales (trabajo, movimientos, barrios, escuela...) están perdiendo su fuerza. Los jóvenes se siguen tratando, pero sin construir necesariamente un «vivir juntos»: se vive *al lado* de los otros, pero ya no *con* los otros. El modelo familiar, por su parte, también se transforma. Con todo, la familia sigue siendo un valor esencial, a veces se la idealiza, a pesar de las dificultades por las que pasa.

Estas transformaciones tienen como consecuencia una cierta inseguridad afectiva, que no está exenta de fragilidades. Los jóvenes buscan lugares cordiales y expresan su necesidad de mantener relaciones de convivencia. ¿Está la Iglesia en condiciones de responder a esa expectativa?

5. Nuestra sociedad vive al son de la globalización, pero no por ello se ha convertido el mundo en la «aldea global» que algunos predecían. Al contrario, las desigualdades y las divergencias de puntos de vista no son sino más visibles. Los medios y las redes de comunicación no han creado una cultura universal, no han hecho más que subrayar el estallido de la sociedad.

Lo vemos a través de estas pocas instantáneas excesivamente rápidas, cada vez se vuelve más difícil dar sentido a la vida para muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. ¿Cómo habría de ser distinto para los adolescentes, que pasan por un período crucial de su evolución personal?

d) Para los jóvenes

Una pastoral de jóvenes carga, por consiguiente, con la responsabilidad de acompañar a los adolescentes desde la salida de la infancia hasta su entrada en la edad adulta. Si queremos respetarles realmente en su itinerario, hemos de promover una pastoral distinta para los jóvenes -distinta no significa ni opuesta ni separada, sino una pastoral que tiene una metodología propia-.



Tres son los motivos que nos parecen justificar esta necesidad de un enfoque específico:

1. Esta pastoral se dirige a unos jóvenes que viven un período absolutamente particular de su existencia (el complejo de la langosta), que requiere un acompañamiento apropiado.
2. Debe otorgar un lugar esencial a la maduración humana y social -son muchas las cosas que están en juego a esa edad, a través de las relaciones, los estudios...
3. El mundo de los jóvenes tiene su propia vivencia, su vocabulario, su cultura y, en consecuencia, hace falta una cierta aculturación para dirigirse a ellos.

e) ¿Qué buscáis?

El comienzo del Evangelio de Juan nos sugiere una puesta en marcha (Jn 1, 35-42). Juan el Bautista habla de Jesús a dos de sus discípulos, y éstos le siguen. A continuación, comparten su descubrimiento con otros, que también siguen a Cristo. Éste fue el comienzo de una larga cadena de testigos que sigue en nuestros días.

Todo empezó por una pregunta. «¿Qué buscáis?», les preguntó Jesús (v. 38). Éstas son las primeras palabras de Cristo en el Evangelio de Juan. Se trata de una pregunta, no de una respuesta. Y de una pregunta mediante la que Cristo se interesa, de inmediato, por sus interlocutores.

Éste es el comienzo de todo acompañamiento a jóvenes. No es posible comenzar más que interesándose por ellos, por lo que constituye su vida, sus alegrías y sus penas, sus sueños y lo que les desespera, sus compromisos, sus amores y sus amistades, sus preguntas y sus angustias... Sólo es posible comenzar con una pregunta: no aceptarán ninguna respuesta que no puedan llevar con ellos.

Tocamos aquí el corazón de una iniciativa pastoral: ésta debe partir de la escucha, de una escucha sostenida por una verdadera simpatía, sin juicios. Es testimonio de un Dios que se interesa por el hombre. Esta escucha es el punto de partida de un verdadero encuentro.

Interesarse por alguien es darle existencia, es mostrarle que es importante para mí. En esta edad de los cuestionamientos, de las dudas sobre uno mismo, es esencial que el joven disponga, para construirse, de unas miradas positivas puestas en él, de gente que le dé a entender que él es “interesante”.

Eso exige, por lo que se refiere a los adultos, que se descentren de ellos mismos para unirse al joven en su itinerario de adolescente: no hemos de partir de nosotros, de nuestras experiencias, de nuestros saberes, sino partir de las necesidades y de las posibilidades de los jóvenes a los que queremos



acompañar. Ahora bien, tendemos a menudo a pensar la pastoral a partir de nuestras ideas, de nuestras preocupaciones, de nuestras prácticas eclesiales.

En consecuencia, no debemos empezar por invitar a los jóvenes a que vengan a nuestras iglesias, sino que hemos de ir a donde ellos están, encontramos con ellos allí donde viven, donde hablan, e interesamos por ellos de una manera gratuita.

Llegado ese momento, podemos lanzarles una invitación, la del Evangelio. «Venid y veréis», dice Jesús (v. 39). Unas palabras que son una llamada a la curiosidad de estos dos hombres. Les da ganas de descubrir su tierra natal, la tierra de donde procede, su parentesco con Dios. Una curiosidad sana va ligada siempre a una apertura de espíritu a un ensanchamiento de nuestro horizonte.

Lo que comienza para los discípulos es un camino con Cristo. Poco a poco irán descubriendo por este camino recorrido juntos a aquel que ha orientado su curiosidad. El camino será largo, a veces jalonado de fracasos. Cristo necesitará regularmente paciencia y pedagogía para introducir a sus discípulos en el misterio de su persona. Sin embargo, el tiempo que caminan juntos va haciendo más honda cada día la relación que le une con sus apóstoles: ahí es donde se desarrollará lo esencial, el reconocimiento de aquel que da la vida por sus amigos.

El acompañamiento de los jóvenes debe tener el mismo movimiento: interesarse por ellos, invitarles a recorrer un camino, entrar en relación con Cristo por este camino y descubrir al Dios que marcha a nuestro lado.

B. En nombre del Evangelio

Esto me conduce a mi segundo punto de partida; se trata del Evangelio, una Buena Noticia tan bella que nos resulta imposible no compartirla. «Ay de mí si no anuncio el Evangelio», exclama el apóstol Pablo (I Co 9, 16).

a) Dios quiere la felicidad del hombre

Son muchos los jóvenes a quienes les preocupa la cuestión de la felicidad. Se trata de una pregunta de todos los tiempos, pero adquiere un relieve particular en esta sociedad nuestra marcada por una crisis del sentido. ¿Puedo ser feliz? Hay algunos que responden viviendo de una manera impetuosa el momento presente: consumimos, compramos, celebramos fiestas... Otros se dejan invadir por la desesperación. Pocos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo ven en la iniciativa de fe una respuesta a su búsqueda de plena realización.

Y, sin embargo, en el corazón de la experiencia cristiana, se encuentra el descubrimiento de este Dios que nos ama y quiere la felicidad del hombre y de la mujer: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is



49, 15). Todo el Evangelio es una invitación a la felicidad: Jesús empieza su enseñanza en el Evangelio de Mateo con esta palabra que repite nueve veces: «¡Dichosos!» (Mt 5, 3-12).

Esta Buena Noticia es la que nos hace vivir, la que hace vivir nuestras comunidades, la que deseamos ofrecer a los jóvenes. Y lo hacemos como un regalo, como una sonrisa ofrecida, como una invitación a la felicidad...

Sabemos muy bien que la felicidad que nos proporciona este descubrimiento de Dios no es completa más que si la compartimos. «Os escribimos esto para que nuestro gozo sea completo», subraya el apóstol Juan (1 Jn 1, 4; cf. 2 Jn 12). Nuestro gozo... Tanto el del mensajero de la Buena Noticia como el del que la acoge: es el gozo de una admiración compartida.

b) Cruz del Señor, pasiones de jóvenes

¿Cómo descubrimos este designio de Dios sobre el hombre? En nombre de un afán, a fin de cuentas muy legítimo, de hacer audible el mensaje cristiano, una buena parte de la catequesis ha empleado el lenguaje de los «valores cristianos». Debemos atrevernos a decir que ya es tiempo de abandonar este discurso, pretendidamente moralizante, que no tiene nada de una buena noticia (en el sentido principal del término), a fin de recuperar lo que constituye la fuerza del mensaje evangélico.

En el corazón de la fe cristiana se encuentra la experiencia pascual, una experiencia de muerte y de resurrección. Si hablamos de un Dios que ama al hombre, no podemos dejar de tomar en consideración este amor que se entrega hasta el extremo: «*Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*» (Jn 13, 1).

El amor de Dios a los hombres va hasta la entrega de la vida, hasta la muerte, porque el amor es más fuerte que la muerte. ¡Qué inversión de nuestros valores! El canto de las Bienaventuranzas atestigua ya que la búsqueda de la felicidad no pasa por las riquezas o el poder, o por la ilusión de un mundo sin sufrimiento.

Si la Iglesia hace memoria de la cruz de Cristo y de la esperanza de la resurrección, también puede hacer memoria de lo trágico de las cruces que llevan muchos hombres -y de las cruces con que cargan tantos jóvenes- o Porque son muchos los heridos por esta sociedad, víctimas de un mundo escolar que los humilla, por una célula familiar dolorosa o inexistente, por la exclusión del consumo desenfrenado si es que no tienen dinero. Son muchos los jóvenes excluidos hoy de la fiesta: familiar, escolar, profesional, amorosa... y también eclesial. La invitación a la vida y a la felicidad no será verdadera más que si se inserta en esta realidad concreta.



c) *Una Buena Noticia para los pobres*

Encontramos aquí el corazón mismo del acto de evangelización: «*a los pobres se les anuncia la Buena Noticia*» (Mt 11, 5; d. Lc 4, 18). El criterio determinante, según nos dice el Evangelio, es el anuncio a los pobres.

Lo primero que hemos de hacer es aprender a escuchar, a abrir nuestro corazón y nuestros oídos a los gritos de los pobres. Como el Dios de Israel, que se reveló a Dios con estas palabras: «*He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo*» (Ex 3, 7-8a).

Estos jóvenes heridos y despojados deberán estar en el corazón de nuestra preocupación pastoral. No es fácil dar con ellos, porque con frecuencia son los que andan más alejados de la vida de la Iglesia, porque no podemos contar con sus padres para acompañarles en su búsqueda de la fe, porque difícilmente entran en una iniciativa estructurada. Con todo, el anuncio de la Buena Noticia a los pobres debe ser un criterio importante en la pastoral de los jóvenes, lo mismo que en toda pastoral.

C. Proponer el Evangelio

Creemos profundamente que la Buena Noticia es un camino que puede ayudar a los jóvenes a crecer tanto humana como espiritualmente y a encontrar la felicidad y la plena autorrealización en su vida. «*Te pongo delante vida o muerte, bendición o maldición. Escoge la vida*» (Dt 30, 19). Esto es lo que nos empuja a ser testigos.

¿Cómo proponer esta Buena Noticia? La dinámica de una pastoral juvenil no tiene ningún afán de recuperación o de relevo; al contrario, debe abrirse a la libertad del sembrador.

C.1. *La libertad del sembrador*

a) *Salir*

La parábola del sembrador (Mc 4, 3-9) es elocuente. Se abre con estas palabras: «*Una vez salió un sembrador a sembrar*» (v. 3). Si queremos esparcir el grano de la Palabra, conviene, antes que nada, *salir*. Salir de nosotros mismos, de nuestras ideas prefabricadas, de nuestras costumbres.

Dar testimonio del Evangelio entre los jóvenes es ante todo salir -y sabe Dios si a los jóvenes les gusta salir!- para sembrar en un campo nuevo, desconocido. Salir es abandonar un sitio por otro. Corremos el riesgo de querer proponer siempre a los jóvenes aquello que nosotros hemos apreciado, lo que nos ha marcado. Sin embargo, en nuestros días, la sociedad -y el mundo de los jóvenes es como un espejo que aumenta el volumen de la misma- ha cambiado profundamente. Seamos realistas; las ocupaciones, las expectativas, los medios de comunicación de los jóvenes son muy diferentes en nuestros días. Lo que les



propongamos debe serlo también. Es preciso que hagamos el duelo, sin miedo, sin nostalgia, de una situación ya superada. El futuro será completamente distinto -nos corresponde a nosotros escribirlo con los colores del Evangelio.

b) Generosidad del sembrador

Una vez salido, ya en plena tarea, el sembrador lanza el grano a puñados, sin escatimar, hasta tal punto que sus granos se difunden un poco por todas partes. No nos da la impresión de mostrarse ni muy ahorrador con sus preciosas semillas, ni muy eficaz, con sus grandes gestos.

Con todo, nos hace aprender la dinámica del sembrador del Evangelio en la tierra de los jóvenes. Se trata de sembrar ampliamente, sin preocuparse de la eficacia o de la rentabilidad, ya sea inmediata o a largo plazo. No hemos de preocuparnos, en primer lugar, del terreno, de su receptividad, sino de sembrar, porque tengo grano para compartir, y porque no puede quedarse en el fondo de un silo.

¿Qué hubiera pasado si el sembrador se hubiera desanimado después del tercer campo? Podríamos comprender su cansancio: todos sus esfuerzos habían sido vanos hasta el momento, el campo seguía seco, ahogado. No obstante, continúa sembrando, a pesar de los fracasos, sigue confiando en el futuro. Muchos de los adultos que acompañan a los jóvenes corren el riesgo de desanimarse cuando ven que el grano sembrado con entusiasmo sigue, aparentemente, sin dar fruto. Con todo, nunca deben olvidar que lo esencial sigue siendo invisible a sus ojos, tal como nos recuerda la zorra del Principito de Saint-Exupéry.

c) Confianza del segador

Sembrar es también tener confianza. Una vez que el grano ha caído en tierra desaparece de nuestra vista. Lo esencial de la germinación va a tener lugar en lo escondido de la tierra.

«El Reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo» (Mc 4, 26).

Nuestra presencia pastoral junto a los jóvenes no debemos evaluarla en términos de *eficacia*, sino de *fecundidad*. Es preciso que adoptemos la actitud del sembrador del evangelio, que siembra abundantemente y después se va dormir mientras que el grano germina.

Este abandono tiene una importancia esencial con los adolescentes, con los que debemos tener asimismo una actitud de educador: si queremos educar en la libertad, favorecer una auténtica madurez, es indispensable el distanciamiento. La separación también es liberadora para nosotros: no hemos de tomar nuestra labor como una carrera cuya meta es la eficacia; debemos olvidarnos del número como criterio pastoral. Hemos de tomarnos el tiempo de



ser, de escuchar, de vivir con. Debemos proceder a imagen de Cristo, que se interesa profundamente por el hombre, por todo hombre.

C.2. Objetivos de una pastoral juvenil

Tras haber hecho nuestra la actitud del sembrador, ya nos encontramos liberados de toda preocupación por la rentabilidad pastoral. Ahora podemos captar de una manera más justa la presencia eclesial en el mundo de los jóvenes.

a) Un objetivo: encontrar a Cristo

Una pastoral de jóvenes exige ante todo interesarse por cada joven, en nombre de Dios, que viene a compartir los gozos y las penas de la humanidad. Su tarea es acompañar a los jóvenes en su maduración humana y su crecimiento espiritual. Ambas cosas se corresponden: nosotros creemos que el encuentro con Cristo es liberador y puede ayudar a construir la identidad.

Nuestra responsabilidad consiste en permitir a los jóvenes encontrar a Cristo y vivir una experiencia espiritual que les lleve a la felicidad. Queremos dar el gusto de Jesucristo a los jóvenes, porque creemos que este gusto de Cristo puede dar también el gusto de vivir. «*Gustad y ved qué bueno es el Señor*», canta el salmista (Sal 34, 9).

b) Una pedagogía de despertar progresivo

La pastoral juvenil debe estar abierta a todos los jóvenes, en la diversidad de sus caminos, en un clima de respeto a lo que son, aunque nos parezca desconcertante. Yvette Chabert nos propone, en un documento estimulante, una pedagogía destinada a despertar el gusto, con la metáfora de la comida. Es menester que esta pedagogía sea flexible, adaptable, personalizada.

1. Gusto por el aperitivo gratuito para la mayoría, con entrada y salida libres: una acogida incondicional, una puerta siempre abierta.
2. Gusto por diferentes platos, propuestos a la carta, para picar según cada uno, sin un orden forzosamente coherente: actividades propuestas, donde los jóvenes vendrán a tomar, según sus expectativas: una celebración en un campamento, las JMJ, un retiro de fin de semana...
3. Gusto por el plato del día, plato del mes, plato del trimestre, fielmente consumidos: ir proponiendo, poco a poco, una iniciativa más coherente, que se inserte de manera permanente en el tiempo y que permita un compromiso.
4. Gusto por el menú completo para un número reducido.
5. La mayoría de nosotros ha cogido la costumbre del menú completo, por supuesto. Y en ocasiones nos sentimos



desconcertados frente a los que vienen a picar en los platos, o se contentan con el aperitivo. Sin embargo, es el conjunto el que constituye una verdadera pastoral juvenil. Podemos decir, por tanto, que la carta presentada a los adolescentes debe ser variada, tanto en las propuestas como en los enfoques.

En primer lugar, hace falta *estar con* los jóvenes, caminar con ellos, compartir sus gozos y sus dificultades -sin la menor veleidad de recuperación. Todos los lugares de encuentro de los jóvenes son importantes, incluso los que no parecen rentables desde el punto de vista pastoral. Eso es algo que exige, por supuesto, tiempo y energía.

A continuación, es preciso ofrecer lugares a los jóvenes que quieran ir más lejos. Debemos disponer espacios y tiempos de encuentro y de reciclado; es esencial que existan lugares para una proposición explícita de la fe, respetando siempre el ritmo y las cuestiones de los adolescentes: tiempos para compartir y ahondar en la Palabra; tiempos para el aprendizaje del silencio y de la oración; tiempos para la iniciación a los sacramentos (especialmente la eucaristía y la reconciliación).

c) La diversidad al servicio de la unidad

Esta opción por la diversidad significa sobre todo que optamos por apoyar pedagogías diferentes y enfoques diversos --en la medida en que acepten escucharse y ser complementarias-o No nos encontramos en una lógica de enfrentamientos, y lo que pretendemos es trabajar en pos de un mejor conocimiento: movimientos juveniles, grupos parroquiales, nuevos movimientos... todos ellos están repletos de riquezas para compartir.

Desde esta perspectiva, optamos asimismo por articular los tiempos fuertes y la vida cotidiana. Los momentos fuertes, las actividades excepcionales, los grandes encuentros pueden ayudarnos a volver a dar aliento a nuestras actividades habituales. También pueden suscitar nuevas iniciativas: por ejemplo, después de los viajes a Taizé suelen nacer una gran cantidad de grupos de oración. Marcan en particular a los jóvenes, que saben, al mismo tiempo, situarlos adecuadamente en su justo lugar: como la Transfiguración, se trata de un momento breve, que da relieve a la vida diaria de nuestros valles. A nosotros nos corresponde enseñar a asociarlos a lo ordinario de los días, sin tener miedo de que se nos escapen los jóvenes.

La pastoral juvenil es específica, pero no ha de estar separada; no debemos concebirla de una manera aislada. Debemos situarla, resueltamente, en una perspectiva global; debe permitir a los jóvenes tomar gusto a todo lo que constituye la vida de la Iglesia, con sus riquezas y sus pobreza. La Iglesia dispone de múltiples rostros que es preciso aprender a descubrir. En efecto, es esencial para los jóvenes saber que no están solos, que hay otros caminando con ellos y que se encuentran con las mismas dudas y los mismos entusiasmos. La fe cristiana se vive, en primer lugar, como una experiencia compartida con otros.



d) Llegar a ser actor de la propia comunidad

La comunidad fraterna constituye, por consiguiente, un lugar indispensable para una vida cristiana. Podríamos decir, de una manera espontánea, que eso casa con la experiencia de los jóvenes, a los que les gusta vivir en grupo. Ahora bien, ¿se corresponden lo uno y lo otro? ¿Es siempre el grupo una comunidad?

Los jóvenes tienden, en nuestros días, a elegir entre o bien equipos muy pequeños, casi fusionales, formados por unos cuantos amigos que se entienden bien, o bien, por el contrario, prefieren participar en actividades en que se reúnen grandes masas. Tanto en un caso como en el otro, se trata de grupos en los que se puede escamotear lo que nos distingue de los demás. Hablando con propiedad, no se trata de comunidades.

La comunidad cristiana, por su parte, toma como modelo el grupo de los apóstoles, o la primitiva Iglesia de Jerusalén tal como nos la describe el libro de los Hechos de los apóstoles: nosotros rechazamos las comunidades fusionales, los grupos donde «nos sentimos bien entre nosotros», porque lo que nos reúne es Cristo, no nuestras simpatías o nuestros puntos comunes.

Nuestras comunidades deben ser el ámbito de un aprendizaje progresivo de la toma de responsabilidad. Es importante que los jóvenes puedan llegar a ser actores de su propia vida, en su comunidad cristiana, su movimiento de juventud, su escuela, el mundo del tiempo libre... Tienen su sitio en todo lo que les concierne y especialmente en la vida de la Iglesia.

Es importante que, en los grupos de jóvenes a los que acompañamos, confiemos realmente en ellos, que les confiemos responsabilidades. A veces tenemos la impresión de que están menos bien formados en la fe, que se muestran menos disponibles que antes, en virtud de una cierta fragilidad afectiva, a causa de los estudios, porque les repugnan los compromisos a largo plazo... ¿No estaremos cayendo nosotros en la tentación del idealismo? Harán las cosas de un modo distinto al nuestro... pero ¿por qué habría de ser peor?

Y, después de todo, cuando vemos a los hombres que Jesús reclutó para que formaran parte del grupo de los Doce, tampoco hubieran sido, necesariamente, aquellos a los que nosotros habiéramos considerado como los más aptos para asumir responsabilidades... Sin embargo, Jesús supo acompañarles, compartir la vida de ellos gracias a una vigorosa proximidad (comidas, viajes, oración...). También supo abrirles a su persona, suscitar en ellos el acto de fe. Dar responsabilidades no impide el acompañamiento, bien al contrario. Ambos deben articularse de una manera imperativa.

En esto consiste también el desafío. Pío XI escribía en la *Quadragesimo An.no*: «Los apóstoles de los obreros serán obreros». En nuestros días, los apóstoles de los jóvenes deben ser los jóvenes. Es un desafío importante al que debemos hacer frente.



D. Al encuentro del Dios de Jesucristo

Cuando Felipe encontró al eunuco etíope por el camino que va de Jerusalén a Gaza (Hch 8, 26-39), no encontró en él un terreno virgen de toda representación religiosa. Se dirigía a un hombre que tenía ya un cierto conocimiento del Dios de la Biblia. Sin embargo, el etíope necesitaba la ayuda de un guía para comprender lo que había descubierto en las Escrituras. Ésta es la situación con la que tenemos que enfrentarnos en el encuentro con los adolescentes, y también con una gran cantidad de adultos. La mayor parte tiene una cierta representación de Dios. Estas imágenes proceden a menudo de la educación familiar, a veces las han adquirido en la catequesis, y están influenciadas generalmente por los medios de comunicación.

Hemos subrayado que el objetivo fundamental de una pastoral de jóvenes es permitir a los adolescentes vivir el encuentro con Cristo, que es un camino hacia Dios. Si la adolescencia es un tiempo de transformación, es necesario acompañarles en la evolución de las imágenes que se hacen de Dios. La imagen que tenemos, por ejemplo, de nuestros seres allegados debe evolucionar en la adolescencia. El niño que crece descubre los límites de sus padres; debe hacer el duelo de la imagen ideal que tenía, para recuperar la verdad de una relación que les permita alcanzar su plenitud.

Lo mismo ocurre con nuestras representaciones de Dios: muchos de los hombres y de las mujeres de nuestros días han conservado, en la edad adulta las imágenes que representaban a Dios en su infancia. Da la impresión de que no han pasado aún por «la crisis de adolescencia de la fe». Algunos de ellos han rechazado estas representaciones infantiles porque se les han vuelto insostenibles. Esto se vive a veces de una manera muy dolorosa, con ocasión de algún duelo, de un accidente o de una enfermedad.

Toda expresión será siempre, por supuesto, inadecuada, pero la representación que llevamos puede ayudarnos a seguir adelante o, por el contrario, bloquear todo camino hacia una fe adulta.

a) Las imágenes del Dios de la infancia

Hay dos representaciones que nos acuden espontáneamente. Dios aparece, en primer lugar, como el todopoderoso, como alguien que lo puede todo -un poco a imagen del padre idealizado, que acude en cuanto su hijo le llama- o Ahora bien, esta representación choca con muchas preguntas: ¿por qué no responde Dios a todas mis peticiones? ¿Será simplemente el «gran relojero» de Voltaire? A continuación, es la idea de bondad la que subrayan muchos jóvenes al hablar de Dios. Es alguien que les escucha, alguien que inspira los gestos de solidaridad y de amor en todo el mundo.

Sin embargo, estas dos imágenes aparecen, muy pronto, como incompatibles. Si Dios es, a la vez, bueno y todopoderoso, ¿cómo permite que sufran los hombres y las mujeres? ¿Por qué hay niños que mueren? ¿Por qué ocurren las catástrofes y hay víctimas inocentes? ¿Por qué el mal?



A Dios también se le representa, especialmente en la cultura judeocristiana, mediante la imagen del padre. Y, ligada a esta última imagen, está la categoría de la autoridad. Se trata de una imagen muy estropeada a veces en algunos jóvenes, a causa de su historia personal. La autoridad es también algo que se rechaza en la adolescencia en nombre de la plena realización y de la libertad.

b) ¿Puesta en tela de juicio o rechazo?

Estas imágenes heredadas de la infancia no son erróneas, pero sí exigen una revisión y ahondar en ellas. Con frecuencia eran certezas tranquilas, que se desmoronan en la adolescencia. Tres son los principales argumentos que encontramos con regularidad:

1. No es posible probar la existencia de Dios, algo que parece determinante para unos jóvenes marcados por una cultura científica y racionalista. Dios no es, a fin de cuentas, más que una «hipótesis inútil»;
2. El sufrimiento y el mal aparecen como una negación -teórica o práctica-de Dios;
3. La responsabilidad del hombre y su autonomía son más importantes que toda necesidad de Dios.

A esto se añade la pesadez, real o sentida, de la vida de la Iglesia: la desconfianza hacia las grandes instituciones se une a la dificultad que encuentra la institución eclesial para adaptarse al mundo de los jóvenes, en su liturgia, en las ocasiones en que toma la palabra...

A partir de estos supuestos, la adolescencia será para muchos el momento en que se rechaza la religión, con fuerza o con irrisión. ¿Qué camino podemos proponer a los jóvenes para que este rechazo sea un paso que hace crecer y no el abandono definitivo? Es aquí donde el adolescente necesita de un modo muy particular a los adultos en la fe que acompañan su proceso.

c) El silencio de Dios

La estructuración de la fe debe pasar primero por la experiencia del silencio de Dios. Muchos adolescentes tienen la impresión de que Dios está ausente de su vida personal y de la historia del mundo. En el momento en que le necesitan, gritan hacia el cielo, y tienen la impresión de que nadie les escucha. Podrían hacer suyas estas palabras del salmo que Cristo pronunció en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Cuando miran a los hombres y mujeres que les rodean, o cuando descubren el mundo, tienen igualmente la impresión de que Dios no puede estar presente en esta historia marcada por tantos desgarros y sufrimientos.



d) Experimentar a Dios

Es preciso tomar en serio esta experiencia: ¿no es la prueba de la fe? Previamente a toda comprensión de Dios, nos parece indispensable permitir a los jóvenes experimentar su presencia, y ayudarles después a poner en palabras lo que han vivido. Lo experimentado, la afectividad ocupan un gran espacio en los adolescentes en particular. Se trata de experimentar a Dios antes de probarle. Antes de poner palabras a Dios, es preciso haber vivido el encuentro personal con Cristo y haber sentido la mirada amorosa que Dios proyecta sobre nosotros.

Cuando se trata de jóvenes, no podemos contentarnos con sentarnos alrededor de una mesa para orar o reflexionar. Es preciso permitirles vivir experiencias fuertes, experiencias que les marquen. Corresponde a los adultos, hoy más que ayer, acompañar estas experiencias espirituales para proporcionar a los jóvenes una comprensión real de su fe. Una experiencia como la que se puede vivir en Taizé o durante la celebración de las JMJ corren el riesgo de ser un fuego de paja, si no hay unos adultos que ayuden a los jóvenes a ponerle palabras a esta vivencia y a insertarla en el tiempo.

e) ¿Probar a Dios?

Una argumentación lógica nunca dará como fruto la fe; ésta es, en primer lugar, del orden de la experiencia. Ahora bien, podemos partir de lo que han vivido los jóvenes para ayudarles a comprender a Dios. Su experiencia concreta contradice estas imágenes infantiles de un Dios que responde al grito del hombre como una madre responde al llanto de su hijo. Si han experimentado la presencia de Dios en su vida, si han pasado por una auténtica experiencia espiritual, entonces sentirán deseos de ir más lejos. El diálogo con otros, la lectura de la Escritura, la escucha, le permitirán estructurar su fe, hacer evolucionar sus imágenes de Dios. Ya no se tratará tanto de un saber como de una comprensión, de un reconocimiento de Dios. Descubrirán entonces que el amor se expresa a menudo mucho mejor en la debilidad que en la fuerza (I Co 1,25).

f) Realizar la experiencia de la oración

En la vida cristiana, no es posible que nos contentemos con hablar de Dios, nuestra fe se debe alimentar también mediante un diálogo *con* Dios. La oración se encuentra en el corazón de la experiencia creyente. Por una parte, el aprendizaje de la oración permite a los jóvenes un ahondamiento personal crucial, porque les hace enfrentarse con cuestiones esenciales: ¿qué sitio tiene reservado la gratuidad en la vida? ¿Y el silencio? ¿Soy capaz de encontrarme solo frente a mí mismo o siento ganas de huir de la soledad? Por otra parte, nos vuelve a situar de inmediato en el corazón mismo de la fe al proponer la aventura de un encuentro y de un diálogo con Dios. Al invitar a los jóvenes a la oración, les recordamos que el corazón de la vida cristiana es una relación amorosa entre Dios y el hombre, una experiencia que deben probar. «*Mira que*



estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20).

Ahora bien, también aquí, especialmente en la oración personal, nos vemos muy pronto frente al silencio de Dios. Si el joven no ha reconsiderado estas representaciones infantiles de Dios, si se ha quedado en las preguntas infantiles sin pasar a la riqueza del diálogo con el Señor, se arriesga a abandonar muy pronto toda iniciativa de oración silenciosa.

g) Acompañar una búsqueda

Estas iniciativas de comprensión de Dios o de oración es difícil vivirlas solo. El relato del encuentro de Felipe con el eunuco etíope (Hch 8, 26-39) constituye una buena ilustración de la actitud de búsqueda de los jóvenes y de la necesidad de acompañamiento.

1. Antes que nada, debemos señalar la confianza de Felipe. Dios le ha dicho que vaya por el camino de Jerusalén a Gaza, y precisa que está desierto (v. 26). Felipe debió plantearse la cuestión de la utilidad de semejante iniciativa, pero obedece confiado. Muchos de los acompañantes de los jóvenes se preguntan a veces de qué sirve toda la energía que invierten en los jóvenes. Es una energía que debe insertarse en un clima de confianza: a veces tendrán la impresión de estar solos en el camino, a veces se sentirán sorprendidos por el lugar a donde les envía el Espíritu, pero serán una etapa decisiva para los que pasen por allí.

2. Felipe, a invitación del Espíritu, va a acercarse al carro del eunuco. Sus actitudes son importantes: se acerca al hombre, le escucha, le interroga a partir de lo que está haciendo. Felipe se hace prójimo del etíope, se interesa por él. Ya hemos subrayado la importancia que tiene esta proximidad. Sólo en el marco de una relación personal, si es que se dan cuenta de que nosotros la llevamos con ellos y por ellos, es donde podemos ayudar a los jóvenes a llevar esta cuestión de Dios.

3. El etíope, como muchos de los jóvenes de hoy, posee ya un cierto conocimiento del Dios de la Biblia. Su problema no consiste en saber, sino en comprender. Felipe se ha dado cuenta: «*¿Entiendes lo que vas leyendo?*», le pregunta. Esto le brinda al etíope la oportunidad de expresar su expectativa, su carencia: «*¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía?*». Los jóvenes no necesitan expertos que les digan quién es Dios, sino testigos que les ayuden a comprender y a comprenderse a sí mismos.

El eunuco estaba ávido de encontrar una clave que le permitiera entender lo que para él constituía un enigma existencial. Del mismo modo, una pastoral auténtica debe intentar llegar a los dinamismos más profundos de la persona del joven; debe dirigirse al corazón, al lugar donde se encuentran las raíces secretas del ser, allí donde acude Dios. De ahí es desde donde parte todo.



Cuando visitamos un museo o un monumento histórico, sabemos muy bien que nuestro interés por la visita depende, en buena parte, de la pasión que tenga el guía por lo que intenta hacemos descubrir. Lo mismo ocurre con los «Felipes» que deben ser animadores de jóvenes: tienen que mostrarse apasionados para que los jóvenes se apasionen por Cristo.

4. El texto que lee el eunuco es un pasaje del profeta Isaías, más concretamente un fragmento de los cantos del Siervo de Yahvé -un texto que la tradición aplicará muy pronto a la pasión de Cristo-. Como podemos ver, estamos directamente sumergidos en el corazón del misterio pascual. Este pasaje difícil, que evoca el sufrimiento del justo, se convierte en la «buena nueva de Jesús» (v. 36), según nos dice Lucas, autor de los Hechos de los apóstoles. Evocar el calvario de Cristo supone tener en cuenta las cruces de los jóvenes; es también anunciar una esperanza en el corazón de las pasiones de la humanidad.

5. En cuanto el eunuco descubre la Buena Noticia, pide el bautismo. Lo que él vive no es una comprensión intelectual, sino una experiencia de comunión personal con Cristo, que encuentra su consumación en un sacramento. El encuentro de Dios provoca siempre un cambio en la existencia: este cambio será el bautismo en el caso del etíope.

6. En cuanto el etíope ha recibido el bautismo, Felipe desaparece de sus ojos. Aunque el eunuco vuelve a encontrarse solo, se marcha alegre. No se siente decepcionado por la desaparición de Felipe: éste ha sido para él un guía hacia Cristo; ahora que conoce a Cristo, ya no le hace falta Felipe. Ésta es una buena ocasión para que nos acordemos de que el acompañante no está más que de paso en la vida del joven; está al servicio de un encuentro.

7. El etíope se encuentra ahora lleno de alegría, de la alegría que le proporciona su encuentro con el Señor. Cuando recibimos una buena noticia, normalmente nos sentimos felices -o, de lo contrario, es una mala noticia-o La acogida del Evangelio y el encuentro de Cristo están al servicio del desarrollo integral del joven.

E. Una larga camaradería

También nosotros, como el eunuco etíope, tenemos necesidad de guías que nos ayuden a releer nuestra vida. El acompañamiento de los jóvenes exige cristianos que caminen con ellos. El Evangelio pasa siempre por personas que den gozosamente testimonio de su fe, no pasa nunca por estructuras.

Vamos a terminar con lo que casi hubiera debido ser un preliminar. Con todo, ahora percibimos mejor cuáles son los desafíos y las responsabilidades con los que tienen que enfrentarse aquellos y aquellas que acompañan a los jóvenes por el camino de la fe en nuestras comunidades.

Se trata, efectivamente, de un acompañamiento. Podríamos decir que nos encontramos «en el mismo barco». Somos compañeros de una travesía, a



veces agitada y a veces serena. La adolescencia es un paso, a nosotros nos corresponde ser los pasadores, con todos los riesgos que la tarea conlleva.

Estar con los jóvenes constituye un desafío importante. Los adolescentes tienen necesidad de acompañantes, de compañeros de camino, de hombres y mujeres que les ayuden a vivir sus cuestiones, sus angustias, que les permitan descubrir sus riquezas, que susciten su asunción de responsabilidades, que apoyen sus compromisos. Que sean también verdaderos adultos: los jóvenes nos piden que les comprendamos, no que seamos como ellos.

E.1. Con los jóvenes: creer, esperar, amar

Lo que se pide al acompañante, para ayudar a los adolescentes a crecer, no es que sea un hombre-orquesta o un experto, sino que viva según el Evangelio. «Debemos consentir a pasar del saber-decir o del saber-hacer sin errores a un saber-ser alguien que exhala a Jesucristo». Podríamos decir que el adulto debe vivir con los jóvenes, y para ellos, las virtudes teologales: ante todo debe amarles, darles su confianza y esperar en ellos, compartir con ellos su fe.

a) Amar

Todo empieza con el amor. Si el acompañante no ama a los jóvenes que le han sido confiados, éstos lo notarán muy pronto, y ganarse su confianza le va a resultar difícil. Don Basco decía que «no basta amar... es necesario que los jóvenes se sientan amados».

Para el acompañante cristiano, amar es vivir a la manera de Cristo: «*Amaos los unos a los otros como yo os he amado*» (Jn 13, 34). Cuando recorremos los Evangelios, nos damos cuenta de que el amor de Jesús no está hecho de grandes discursos, sino que pasa a través de actos concretos: acoge a todos los que se vuelven hacia él, cura a los enfermos, sale al encuentro de los ciegos y de los excluidos... Resumiendo, «*pasó haciendo el bien*» (Hch 10, 38).

Se trata también de un amor que va hasta el extremo, hasta la muerte. El que acompaña a los jóvenes deberá morir con frecuencia a sus sueños, y hacer frente al fracaso y a la decepción. Sin embargo, lo esencial es seguir amándoles, aunque, a veces, nos decepcionen.

En un retiro que dirigí, brindé a los jóvenes la ocasión de compartir ese bello texto que es la cuestión dirigida por el escriba a Jesús sobre el mayor de los mandamientos (Mc 12, 28-34). Sus reflexiones realizaron un desplazamiento significativo en la acogida de estas palabras de Cristo: «*amarás al prójimo como a ti mismo*». Si, para muchos de nosotros, amar a nuestros hermanos sigue siendo una interpelación permanente, para los jóvenes, la mayor dificultad... era, en primer lugar, amarse a sí mismos. Amar a los jóvenes es hacerles ver que tienen valor a nuestros ojos y, con ello, ayudarles a apreciarse a sí mismos.



b) Creer

Acompañar a jóvenes por el camino de la fe es, necesariamente, creer en nosotros mismos, en Dios, en el otro. Es dar testimonio de nuestra fe y de lo que nos hace vivir, con toda sencillez.

Shafique Kesjavjee, un pastor de origen indio, cuenta que, cuando quería hablar de Dios a sus hijos, éstos le replicaban: «Papá, no nos hables de historia... sino de tu historia. Dinos por qué Dios es tan importante *para ti*)»¹². Con los jóvenes es imposible representar un papel, ellos esperan de los adultos que den testimonio, en verdad, mediante su vida, de cómo Cristo está presente en sus alegrías y en sus sufrimientos.

El adulto, invitado a vivir su fe en Dios, debe expresar también su fe en el joven que tiene frente a él. Los jóvenes tienen necesidad de acompañantes que confíen en ellos, y que les digan que creen en ellos, porque están precisamente en una edad en que les falta confianza en sí mismos -recordemos el complejo de la langosta- o Es esencial atreverse a confiarles responsabilidades, aunque sean limitadas. Porque estas responsabilidades son mensajes concretos que significan que creemos en ellos. Es un camino de reconocimiento que hace crecer al adolescente.

c) Esperar

En un momento en que hay tantos indicadores en los engranajes, es imposible ayudar a los jóvenes a vivir de la esperanza.

Muchos de los discursos sobre la sociedad subrayan esencialmente en nuestros días evoluciones negativas: se habla de la violencia del mundo de los jóvenes (como si los adultos que construyen tanques y mantienen los ejércitos no fueran violentos), se acentúa los estragos de la droga, o la incapacidad de los jóvenes para comprometerse... ¿acaso les damos deseos de construir un mundo más justo y más fraterno?

Esto no implica por ello un optimismo beatífico o un rechazo de todo espíritu crítico. Cada generación tiene sus riquezas y sus fragilidades. Con todo, es preciso que tengamos un *a priori* de confianza para con los jóvenes. No hay razón alguna para que el Espíritu de Dios esté ausente de una generación porque haya nacido algunos años después de la nuestra.

Tenemos que estar simplemente atentos a lo que está germinando. La esperanza es una virtud teológica, no una constatación de lo que existe. En los adolescentes todavía hay muchas cosas que están madurando lentamente. Debemos animar, regar la planta que crece. Estar atentos a lo que crece requiere prestar mucha atención: «cortar un árbol hace más ruido que el crecimiento de un bosque», recuerda un proverbio africano.



E.2. Para toda la comunidad

Los adultos que acompañan a jóvenes adquieren también una responsabilidad ante el conjunto de la comunidad cristiana. La interpelan sobre su capacidad para acoger a los jóvenes, para darles la palabra; le dan confianza en el futuro, acentuando lo que está germinando; crean puentes y ocasiones de diálogo.

Regularmente, deben ayudar también a los cristianos a transformar la cuestión: «¿Qué podemos aportar a los jóvenes?» en «¿qué pueden aportarnos los jóvenes?». y ¿cómo podemos acoger lo que ellos pueden compartir con nosotros? La pastoral juvenil debe transformarse en una prioridad, en nombre de la atención a los jóvenes, pero también porque supone una enseñanza para la Iglesia. Ésta no permanece indemne cuando se roza con los jóvenes: éstos le remiten una imagen, tal vez deformada, pero que no puede dejar de interpelada; ellos la obligan a inventar caminos nuevos; ellos la empujan para que no se quede en la periferia, sino que penetre hasta el corazón de la fe cristiana. Es todo un engendramiento mutuo extremadamente fecundo para toda la Iglesia el que puede originarse en este encuentro.

E.3. Obreros para la siega

Todo esto necesita tiempo, mucho tiempo: con los jóvenes, es preciso saber «perder el tiempo». En nuestros países occidentales, que fueron ricos en ministros ordenados, eran muchos los sacerdotes jóvenes que invertían sus energías -¡Y su corazón!- en el acompañamiento de los adolescentes. En nuestros días, el número de sacerdotes disminuye, y no rejuvenecen... Su presencia entre los jóvenes se ha convertido para ellos en una verdadera dificultad, a causa de la diferencia de generación, de mentalidad y de cultura, a causa de la disponibilidad, del tiempo que requiere esa tarea.

Por otra parte, no todo el mundo vale para acompañar a los jóvenes. Es éste un carisma particular, un carisma que requiere paciencia, escucha, confianza... Son muchos los padres de adolescentes que pueden dar testimonio de que no siempre resulta fácil.

Y, sin embargo, nuestras comunidades cristianas deben hacer suya la preocupación por proponer la fe a las generaciones que nos siguen. En nuestros días es preciso suscitar vocaciones de acompañantes de jóvenes. Se trata de un bello carisma que debemos discernir. Antes de querer implantar un proyecto concreto para adolescentes, el equipo pastoral debe tomarse un tiempo de discernimiento: ¿quién podría encargarse de esto en nuestra comunidad? Tal vez sea necesario liberar a esa persona de otras responsabilidades en la vida parroquial, si se estima que su presencia en el mundo de la juventud es primordial.

Es igualmente indispensable apoyar y dar ánimo a aquellas y aquellos que se comprometen de manera concreta con esta pastoral. Con excesiva frecuencia, se ha herido a acompañantes de jóvenes, que se encuentran a



veces muy solos en su grupo, intentando asociar a los adolescentes a la comunidad: se les reprocha que no hagan asistir a los jóvenes a la misa, o se subraya que han leído mal y cantado demasiado fuerte... Tal vez sea verdad, pero ¿hemos pensado también en decirles lo felices que nos hace su presencia entre los más jóvenes en nombre de la comunidad cristiana?

Según el Evangelio, «*la mies es mucha, pero los obreros son pocos*» (Mt 9, 37; Lc 10, 2). Se nos recuerda con frecuencia esta falta de obreros, preferentemente para lamentarlo, pero se olvida decir que la mies ya está floreciente. El mismo Cristo lo recuerda a sus apóstoles: «*Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega*» (Jn 4,35). Es posible que no estemos bastante persuadidos de ello. Si pudiéramos aprender a leer los signos de la cosecha en el mundo de los jóvenes, a ver las espigas doradas, probablemente suscitáramos muchas vocaciones de acompañantes de jóvenes.

F. A modo de conclusión...

No me resisto al placer de contar, a modo de conclusión, esta pequeña historia de J. Loew¹³ :

«¿Qué hay que hacer para que beba un burro que no tiene sed? Salvando las distancias, ¿qué hacer para devolver la sed y el gusto de Dios a los hombres que lo han perdido? ¿Ya los que se contentan sólo con licores, la tele o el coche? ¿A bastonazos? El burro es más testarudo que nuestro bastón. Además ese antiguo método ha sido declarado demasiado directo para los educadores modernos.

¿Hacerle tragar sal? Aún peor por lo que tiene de tortura psíquica.

¿Cómo hacer beber, pues, a ese burro respetando su libertad?

Sólo hay una contestación: encontrar otro burro que tenga sed... y que beba mucho delante de su congénere, con alegría y voluptuosidad. Yesto, no para darle buen ejemplo, sino ante todo para que tenga sed, para que de verdad tenga sed, simplemente sed.

Un día, quizás, su hermano, lleno de envidia, se pregunte si no haría mejor metiendo también él su hocico en el cubo de agua fresca. Hacen falta hombres con sed de Dios, que son más eficaces que todas las cosas dichas sobre Él».

Me parece que esta pequeña historia expresa mejor que extensos discursos lo que la Iglesia necesita en nuestros días para dar testimonio entre los jóvenes. No burros, sino hombres y mujeres que tengan sed de Dios y que den ganas de beber en la fuente del agua viva.



III. Propuestas para la reflexión y el debate comunitario:

1.- (pp. 1-7) La primera parte del artículo, describe y contextualiza el desafío pastoral en el ámbito de adolescentes y jóvenes. Contiene dos palabras claves **encuentro y acompañamiento**. ¿Qué espacios para ir al encuentro de adolescentes y jóvenes hay en vuestra comunidad? ¿Qué espacios o momentos para los encuentros y el acompañamiento podéis ofrecer en el ámbito de vuestra vida y misión? ¿Cuándo y dónde escucháis de verdad a los jóvenes cercanos a nosotros y a los más alejados de la fe?

2.- (pp. 7-13) La segunda parte del artículo ofrece pautas para los acompañantes; **objetivos de una pastoral juvenil** y elementos de dicha pastoral que conviene reforzar, como el de iniciar en la oración, el compromiso, etc. ¿Están estas dimensiones y esta **pedagogía** integradas en vuestra misión o predicación entre adolescentes y jóvenes? ¿Es responsable claudicar del trabajo entre jóvenes por motivos de la edad o hay algo que podemos ofrecer si salimos a su encuentro?

3.- (pp. 15-19) “Con los jóvenes...amar...creer...esperar”. ¿Cómo describís vuestra capacidad para acoger a los jóvenes, escucharles, darles la palabra, darles confianza en el futuro, **crear puentes y ocasiones de diálogo con ellos**, acentuar la experiencia de Dios que va germinando en ellos?

Artículo tomado del libro:

Philippe BACQ-CHRISTOPH THEOBALD (Eds.), *Una nueva oportunidad para el Evangelio. Hacia una pastoral de engendramiento*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2011, P. 197-226. [Más información](#)

Comisión provincial para el diálogo con las generaciones más jóvenes